LA SOCIEDAD DEL PORVENIR

Jean Grave

CAPÍTULO I

INFLUENCIA MORAL DE LA REVOLUCIÓN

La revolución será la fase transitoria que debe conducimos a la realización completa de nuestro ideal. ¡A ello contribuirá su influencia, para desarrollar cerebralmente a los individuos y prepararlos para saber usar de su libertad!

Pero, aquí debemos hacer una pequeña digresión, por ser necesaria.

«¿Por qué debemos preocupamos de lo que acontecerá mañana?» nos dicen ciertos revolucionarios, prefiriendo constituirse en *guías* de las masas, en vez de procurar instruirlas. «Bastante tenemos que hacer para sostener la presente lucha, sin perder el tiempo en averiguar lo que podremos hacer luego. No divaguemos soñando utopías, cuando el presente está aquí, solicitándonos y ahogándonos. En primer lugar debemos luchar con la sociedad actual; una vez derribada ya veremos cuál debe ser nuestra norma».

Ciertos anarquistas usan el mismo razonamiento y encuentran que discutiendo el *porvenir* pierden el tiempo.

Lo que a nosotros nos hace considerar útiles estas discusiones acerca del porvenir, es que las pasadas revoluciones se han estrellado lastimosamente, porque los revoltosos se batían dejando a sus caudillos el cuidado de organizar las relaciones sociales y de reconstituir un nuevo orden de cosas. Por haberse contentado siempre los trabajadores con aspiraciones vagas, mal definidas, no han podido recoger el fruto de sus luchas.

¡La mayoría de los trabajadores se han preocupado tan sólo de las necesidades de la lucha presente, gustando de asistir a la batalla, prestándose a ser carne de cañón, dejando a los otros el cuidado de pensar! El ideal, el deseo, el objeto por el cual combatían las masas, era clarísimo según su manera de pensar; era tal como lo comprendemos nosotros: la libertad, el bienestar para todos.

Pero, ¿en qué forma debía esto venir? No se preocupaban de ello. Se les había hablado de una República que debía allanar las dificultades, pero dejándoles entrever un mundo de felicidades; esto había bastado; ellos habían combatido por esta República que debía traerles la dicha sobre la tierra, dejando para los *iniciados*, para *los que sabían* y en quienes tenían depositada su confianza, el cuidado de organizar después de la lucha, su bienestar y su libertad, poniendo a su disposición meses y años de miseria, para darles tiempo con que arreglar algo que pudiera redundar en su beneficio!

Cuando impacientes, sin ver llegar nada, agotados sus sufrimientos, llenos de miseria y de privaciones, exigían la realización de sus promesas, les daban hierro y plomo; con esto acallaban sus murmuraciones.

---

[*] Traducción del *Centro Editorial Presa*. Digitalización: KCL.

Para que esto termine, para que después de la lucha no se les vuelva a uncir al yugo que la víspera rompieron, cuando los trabajadores se vean de nuevo obligados a obtener por la fuerza la conquista de sus derechos, es preciso que sepan lo que quieren, con objeto de que no se dejen engañar; que sepan no deben confiar a nadie el cuidado de guiarles, que sepan de por sí hacer tabla rasa de lo que definitivamente debe desaparecer.

Es muy fácil de decir: «No nos preocupemos de lo que sucederá mañana; basta con la tarea cotidiana: ocupémonos en destruir lo que nos molesta, luego veremos». Comprendemos perfectamente la impaciencia que se tiene en salir del lodazal donde la humanidad se halla atascada; pero si nosotros queremos que las verdades que procuramos hacer comprender sean claramente interpretadas por aquellos a quienes deseamos convencer, que lleguen a percibirlas de una manera distinta, sabiendo claramente lo que quieren, y siendo capaces de no dejarse desviar de su camino por los frasistas, nos es preciso dilucidar bien la cuestión del porvenir, como también la del presente.

Puesto que las revoluciones se hacen a fuerza de ideas, queremos allanar completamente el terreno sobre el que debemos combatir y desobstruir nuestro camino de todos los obstáculos y prejuicios que interrumpen nuestra marcha. Cuando el individuo poseerá una convicción sólidamente razonada, entonces podrá prescindir de guías.

Ya no es preciso dirigir a las masas con palabras. Ya no es necesario que bajo los epítetos: Libertad, socialismo, se les haga tragar todos los sistemas de regresión posibles. Que cada individuo sea ilustrado sobre todos los puntos y sobre todos los detalles, es materialmente imposible; los acontecimientos nos sorprenderían antes de finalizar este trabajo y además lo creemos innecesario.

Que cada uno tenga una concepción despejada de su individualidad; que sepa que si quiere que la suya sea respetada, debe hacer lo propio con la del prójimo; en cuanto a lo demás, le guiarán las circunstancias y la situación. Además debe también conocer lo que ha de permanecer invariable dentro de su acción; lo que debe impedir renazca para que la victoria sea segura. Cuando se sabe bien lo que se quiere, se obtiene una buena labor.

«Nosotros tenemos el presente contra el cual es preciso luchar con toda energía» es una verdad; pero la lucha debe ser mirada en toda su amplitud, examinada bajo todas sus fases y la tarea es larga para todas las voluntades y todas las energías.

Para operar una transformación, de la manera que nosotros la entendemos, se necesitan todas las aptitudes, todos los sacrificios; sea cualquiera la forma en que se produzcan, desde el momento en que proponen la dilucidación de una verdad, la destrucción de un prejuicio, hacen falta todas las actividades. ¡Cada uno a medida de sus fuerzas! Es una división del trabajo que, permitiendo producir toda suerte de iniciativas, nos facilitará la destrucción de las instituciones que nos oprimen, poniéndonos en situación de poder atacar por todos los lados a la vez.

Otros -los socialistas- nos dicen: «Pero, no teniendo un poder, ¿cómo se arreglaran para poder privar a los patronos, propietarios, gobernantes y otros capitalistas, de formar una liga, con objeto de intentar una contra-revolución y restablecer su autoridad?»

Si los socialistas, al hacer esta objeción, quisieran reflexionar sobre la suma de energía que habrá sido necesaria gastar para hacer triunfar la revolución social, si quisieran convencerse de que lo que constituye la fuerza de la burguesía son las instituciones actuales, la ignorancia y la división del proletariado, cosas que existirían aunque la revolución triunfara, no harían tan mezquina objeción. -Cuando los burgueses poseyendo la integridad de sus fuerzas no habrán sabido privar al pueblo de su victoria ¿cómo quieren que encuentren otras más poderosas para trastornar el nuevo orden de cosas y restablecer su explotación? ¿Para que los trabajadores

consintieran en dejarse imbuir por las doctrinas de los capitalistas, sería, pues, preciso, que la Revolución no les hubiera traído las mejoras esperadas? ¿Para qué ellos aceptaran el encorvarse otra vez, bajo el yugo de la explotación, sería preciso que la desilusión fuera tan grande?

Los capitalistas, entregados a sus propias fuerzas, serían impotentes para defender su sistema de explotación. Necesitan el ejército, la policía, la burocracia, reclutados entre los trabajadores, para hacerse con una muralla de papelotes y de bayonetas: ¿no sería obra de la revolución el dispersar todo esto? ¿Es que, aun en la época presente, la mayoría de estos defensores del orden burgués no lo es a su pesar?

En una sociedad en la cual los individuos serían libres de evolucionar como les pareciera, no teniendo ningún contratiempo que sufrir, teniendo la satisfacción de ver sus necesidades aseguradas, nosotros no vemos claro que se presten a servir a los burgueses, puesto que las promesas que éstos podrían hacerles estarían muy por encima de lo que aquellos podrían procurarse a sí mismos.

O las instituciones burguesas desaparecerán en la lucha, y entonces los trabajadores habrán gozado los beneficios del nuevo régimen y sabrán defenderlo, o bien los burgueses serán todavía una fuerza; pero entonces la revolución no estará terminada, habrá lucha todavía, quedará mucho que hacer, y este trabajo será de la incumbencia de los mismos revoltosos, nunca la de un gobierno.

Con un poder constituido, el peligro sería mucho más grande. La posibilidad que podrían tener los retrógrados de apoderarse de él por la astucia o por la fuerza, y de disponer de las fuerzas vivas de la colectividad para volverlas contra ella, sería mucho más temible.

Los trabajadores no irán nunca, por su propia voluntad, a volverse a poner el dogal; pero en cambio la revolución sólo será, siempre, la obra de una minoría consciente que arrastrará tras sí a las masas, por su ejemplo y por su convicción. Estas masas se instruirán, verán claro, pero, provisionalmente, aun estarán demasiado inclinadas a la obediencia hacia aquellos a quienes creerán sus jefes. El único modo de prevenir el peligro es evitar el crearlo. Abandonadas a sí mismas, sabrán inspirarse en las circunstancias y encontrar la organización que les es necesaria.

Otros contradictores nos objetan los malos sentimientos de los hombres: «¿cómo se las arreglarían para impedir los atentados contra las personas, estos que querrían acaparar para sí los mejores empleos, o colocarse en sitios donde estorbarían o molestarían a la colectividad?» y otras parecidas objeciones que les inspiran los efectos de la sociedad actual. Ciertamente, no queremos pretender que los individuos, por el mero hecho de la revolución, lleguen a ser, de la noche a la mañana, angelitos con un único deseo: sacrificarse los unos por los otros. Es ya tiempo de acabar con esta leyenda y de no obligamos a decir lo que nunca hemos creído.

Nosotros decimos que, salvo raras excepciones, nadie, ni aun las naturalezas más perversas, hace daño por el solo gusto de hacerlo. Nosotros afirmamos y demostramos que la sociedad actual, por su organización antagónica de intereses, engendra ella misma las divisiones que la arruinan y que es ella la que incita a sus individuos a molestarse.

A pesar de todas las razones y las causas de hacer daño que Íes proporciona la sociedad, a pesar del beneficio que podría reportarles su cumplimiento, muchos individuos son refractarios; los que se dejan conducir por sus malos instintos están en minoría y, la mayor parte de las veces, obran a impulso del medio, de las circunstancias, de la mala organización actual.

Por lo tanto, si la mala organización social es la causa generatriz de los crímenes, éstos deben desaparecer junta con ella. La sociedad actual atacando sólo los efectos, puesto que ella misma es la causa, ve cómo se multiplican bajo su acción, de la misma manera que los leñadores que, cortando el árbol a ras de tierra, no tardan en ver salir el tronco, echar retoños vigorosos y presentar dos, tres, cinco o seis plantas nuevas donde sólo había una: nosotros, nosotros queremos arrancar la raíz y quemarla, con objeto de anular su producción.

Y si, en la saciedad futura, se reprodujeran estas actas, sólo sería en casos aislados y atávicos, que los individuos de entonces deberían impedir, sin necesitar ningún aparato social especial para reprimirlos.

La propiedad; la miseria; he aquí las grandes causas generatrices de los crímenes. Una vez más debemos proferir que no se es criminal por el simple placer de matar. Si se revisaran las causas más célebres, aquellas en que los crímenes causan horror, se encontraría siempre igual móvil: el interés. Los mismos crímenes, de venganza que podrían clasificarse entre la categoría de los crímenes pasionales, la mayor parte de las veces son motivados por los intereses opuestos. Si fuera posible analizarlos todos, encontraríamos que muy pocos se escaparían de esta excepción.

El robo, que en la mayoría de los casos es el motivo de la represión, y que es castigado a veces con más rigor que el asesinato, ¿no es el producto directo de la usurpación individual, del interés y de la miseria? Suprimiendo la miseria y la propiedad, el robo no tendría razón de existir. Cuando todo lo que puedas desear esté a tu disposición ¿se divertirán en robar?

Nosotros tenemos el ejemplo de esas colonias donde la propiedad individual está reducida a su más mínima expresión: la cabaña donde mora la familia, los efectos y utensilios de los que se sirven directamente; la totalidad de lo restante está a la libre disposición de todo el mundo, excepto de aquellos que han logrado atribuirse ciertas funciones de autoridad. No se nos ha citado ningún caso en que se haya visto a los más fuertes tratar de desalojar de una cabaña a sus moradores para vivir en ella, o quitarles sus instrumentos de caza, pesca, etc.

En ciertas tribus, cuando un individuo se aleja de su hogar y tiene hambre, entra en la primera choza que se le presenta, se sienta a la mesa en medio de la familia, y se sirve del plato sin pedir permiso a nadie. Una vez repuesto, se va sin dar ni las gracias a sus anfitriones fortuitos, y sin que éstos se figuren, ni remotamente, haber sido robados. Ellos habrían hecho lo propio de encontrarse en igual situación: cuestión de costumbres y de reciprocidad; he aquí todo.

¿Es que estas costumbres valen menos que las nuestras o que el que tenga hambre tendrá necesidad de humillarse o rebelarse? Quizá adolecen de la falta de nuestra civilización pueril; háganlos más galantes, pero déjenles su primitiva simplicidad.

Sí, se nos dirá, pero hay crímenes pasionales. «¡Ah! ¡no son éstos producto de la organización social actual! ¿No consisten éstos en la mala naturaleza de los individuos? Para aquellos, podrán cambiar el medio, pero no lograran hacerlos desaparecer. Se verán obligados a tomar medidas contra sus autores».

Pues bien; sostenemos todavía, a trueque de molestar a nuestros contradictores, que son el producto de una mala organización social. Hemos visto ya que, para la venganza, por ejemplo, si se les pudiera disecar y analizar en la misma forma que se hace la autopsia a un cadáver o como se practica un análisis químico, se encontraría, la mayor parte de las veces, el interés como primera causa de discordia. Si se examinara cada drama pasional, uno tras otro, se encontraría el efecto de una mala organización social, la acción de una ley funesta; en ambos casos, el prejuicio inculcado por la educación social.

Si los individuos hubieran aprendido a respetar, no una ley que sólo conocen vagamente, sino la autonomía de sus semejantes, que es tan respetable como su propia vida, sabrían que usurpando esta autonomía corren peligro de atraerse represalias. Si no se tuviera la esperanza de ponerse a cubierto de la vindicta de los individuos damnificados, sabiéndose cubrir de un texto de ley, quizá se producirían menos crueldades, menos injurias, menos actos de opresión sobre la individualidad humana.

En los crímenes hondamente pasionales, en aquellos que, algunas veces, ciertas personas tienen lástima del agresor, y que los magistrados de la sociedad actual absuelven, podríamos encontrar todavía la influencia nefasta de la sociedad.

Si los hombres no estuvieran, por el código y los prejuicios, acostumbrados a considerar la mujer como un ser inferior, como una propiedad que llega a ser suya, por haber consentido una vez entregarse a sus caricias, quizá se verían menos amantes coser a cuchilladas al objetivo de su ardor amoroso, degenerado en refractario o su «amor»; quizá habría menos maridos engañados, propensos a vengarse acribillando la piel de la adúltera. Si se sintieran menos amparados por la ley ¿serían quizá menos feroces?

El adulterio mismo, ¿no es un producto de la ley estúpida que se entromete en la reglamentación de las relaciones sexuales? ¿no lo es también de la sociedad que hace intervenir consideraciones económicas, donde sólo debería haber sentimientos, y que encadena la asociación de dos amantes y luego quiere impedir su separación?

¿La culpa de todos estos lazos morales y materiales, no procede también de la educación falsa que se recibe, y, de todo esto, no surge la hipocresía y la mentira? La sociedad rechaza a dos esposos que, no amándose ya, se separan, pero cubre con su indulgencia a los que, guardando las apariencias, se engañan con bastante discreción para no hacer hablar de ellos demasiado. ¿Por qué quejarse?

Basada sobre la mentira, la hipocresía y la duplicidad, la sociedad no puede engendrar más que la violencia y la ignominia, aun en aquellas relaciones que parecen originarias de las conveniencias individuales. Comprimida en sus aspiraciones más íntimas, obliga a disimular y a mentir, sea para evitar suspicacias, sea para no volver la vida imposible en un medio social absurdo, la individualidad humana se encoge, se atrofia y se pervierte, si es que no se venga estallando.

Una vez los crímenes suprimidos o precavidos, y los ataques a la propiedad hechos imposibles ¿qué nos queda a temer? -Los chismes de vecindad, los incidentes sin importancia de nuestros tribunales civiles y correccionales ¿necesitarían la creación de este formidable aparato judicial y represivo que sirve de salvaguardia de la sociedad actual, donde la transformación social no hubiera llevado aún su acción bienhechora, suavizando las relaciones entre sus individuos, eliminando las causas de la discordia?

Quedan aún los criminales cuyos delitos parecen no tener otro móvil explicable, sino un frenesí brutal, una perversión de sentimientos. Pero éstos constituyen una excepción, son excesivamente raros, y el poder de las leyes es ineficaz para con sus autores; su represión ninguna influencia ejerce sobre aquellos que puedan verse arrastrados a cometerlos. Estos delitos excusan la patología; la justicia distributiva no tiene nada que ver con ellos.

El médico y el anatomista que estudian realmente para saber y no para obtener distinciones honoríficas, cuando se les presentara un caso parecido, el cerebro de un actor de semejante acto no presentaría a su análisis ninguna alteración sensible a los medios de investigación actuales; para el sabio que busca la verdad, y no una posición adulando la sociedad,

haciéndose el proveedor del verdugo, no sería menos incontestable que este individuo ha obrado obedeciendo impulsos extraños a su voluntad.

La sociedad puede tener el derecho de defenderse, pero ni ella ni quien quiera que sea, tiene el derecho de castigar ni de recompensar. Y, antes de hacer al individuo responsable del acto cometido, esta sociedad vengativa debería preguntarse si ella no es la primera fautora de la maldad de la cual se queja, obligando a una parte de sus hijos a vivir vergonzosamente entre la miseria, la ignorancia y la depravación; rehusándoles los medios de desarrollo que reserva para los preferidos, creando condiciones de existencia que colocan al hombre al nivel de sus antepasados de la edad de piedra, admitiendo que nuestros antepasados de aquella época fueran tan feroces como se les supone.

En la sociedad futura podrán ocurrir casos de violencia y es muy cierto que será preciso defenderse, sin tener en cuenta los móviles. Pero los que serán víctimas, estarán en estado de legítima defensa contra aquellos que quieran atentar contra su vida

o su autonomía; a menos de ser casi insociable, un individuo tiene siempre amigos que no permitirán que se le moleste impunemente. ¿Aun cuando no conozcan la víctima, todos los actos arbitrarios que ven cometer a su vista, no les sublevan, y no les sienten arrastrados a defender al oprimido? Pero al llegar este caso, teniendo el valor de defenderse en el acto de la agresión, castigando al agresor *incontinenti* (esto es la sana moral), se tiene, por lo menos, la conciencia de sus actos.

Pero, resguardarse tras un aparato formidable de represión, tras de unas entidades que colocan todas las fuerzas sociales contra un solo individuo y pretender aplicarle pena y castigo juzgando unos actos que no se han presenciado y de los cuales se ignora el origen, esto es una cobardía. ¿Con qué derecho la sociedad se pone en lugar de substituir a las individualidades para castigar, cuando no ha sabido prevenir la agresión? ¿con qué derecho habla de defensa, cuando no ha sabido asegurarla materialmente? De la misma manera que nosotros comprendemos se decrete la muerte de un enemigo cuando les coloca en la necesidad de defenderse, así también nos repugna un asesinato cometido en medio de un aparato teatral, al abrigo de toda represalia, llevado a cabo metódicamente sobre un hombre reducido a la impotencia, bajo el pretexto de enseñarle a respetar la vida de sus semejantes. ¡Entonces, oblíguese al juez a que ejecute su sentencia!

¿Es que el castigo del criminal ha impedido alguna vez la comisión de otros crímenes? ¿Es que toda la organización policíaca y su innumerable personal han prevenido nunca ningún acto de violencia? ¿No se les ve multiplicar bajo la presión de las circunstancias y de la miseria? Procuren que su sociedad asegure la existencia de todos; que engendre el amor en vez del odio, y no tendrán ocasión de reprimir más ningún acto de violencia.

En cuanto a los actos agresivos que podrían producirse aisladamente, que no sería sino en raras ocasiones, resulta irrisorio querer estorbar por medio de leyes la libertad general, bajo pretexto de reprimir las excepciones.

La naturaleza del hombre no es de estar enfermo, de tener el cerebro desequilibrado, de buscar a sus costas la lucha contra sus semejantes; en una sociedad sanamente constituida, se verán los hechos de violencia acaecer de tarde en tarde; las enfermedades, las mismas afecciones cerebrales atenuarse y desaparecer, siendo la mayor parte de ellas la consecuencia, directa o indirecta, de las malas condiciones de existencia creadas por la misma sociedad. Toda esta herencia morbosa deberá atenuarse al desaparecer las causas que la producen y la sostienen; la raza humana se regenerará y se fortalecerá en la práctica de la libertad, de la solidaridad y del bienestar.

Es muy cierto que sería una locura creer que estas anomalías desaparecerán instantáneamente con las causas que les han dado el ser. Nosotros las sufrimos desde muchos siglos ha; la transmisión de la sangre las ha afirmado en nuestra constitución para que no continúe transmitiéndola aún a numerosas generaciones ulteriores, pero irán atenuándose y se debilitarán gradualmente, puesto que no tendrán hogares generadores donde rehacerse. Y, aunque parezca una paradoja, la revolución vendrá, bajo este orden de ideas, a ejercer su salutífera influencia.

Se ha observado que, en los períodos agitados en que bullen las masas, las enfermedades y las epidemias atacan con mucha menos frecuencia a las poblaciones aquejadas de efervescencia. Esto se explica: la lucha, el movimiento, el entusiasmo, la tensión de ánimo y la voluntad se amplifican; este conjunto presta intensidad a las fuerzas vitales del individuo, aniquila las causas mórbidas que puede tener y la vuelve refractaria a las que procedan del exterior.

El largo período revolucionario que deberá atravesar la sociedad, exaltando entre sus individuos todas las pasiones que constituyen su vitalidad, les conducirá a tal estado, que este período contribuirá, en parte no despreciable, a la regeneración del hombre, ayudándole a eliminar las causas de degeneración que actualmente le llevan a la decadencia.

La sociedad futura, devolviendo al hombre las condiciones normales de existencia, le pondrá a cubierto, si no de todas las enfermedades, porque es preciso contar con la imperfección de los seres humanos, cuando menos de todas aquellas que puedan ser motivadas por su ignorancia y por la rapacidad de sus explotadores, y le repondrá en la vida del progreso.

CAPÍTULO II

EL INDIVIDUO EN LA SOCIEDAD

De que los anarquistas son los adversarios de toda clase de autoridad, de que ellos quieren la transformación completa de la sociedad actual, se ha deducido que ellos eran los enemigos de la sociedad. Se les acusa de querer volver al estado de barbarie.

Los anarquistas saben que el hombre no puede vivir aislado, saben que es preciso unir sus fuerzas con objeto de sacar el mejor partido posible; por esto es por lo que ellos quieren una sociedad basada en la solidaridad y no sobre el antagonismo. Es por esto también por lo que, cambiando la manera de ver de los antiguos sociólogos, estudian en la actual economía política la constitución de una sociedad que se amolde a las necesidades de los individuos, y no la adaptación de los individuos a una sociedad arbitrariamente constituida.

Según la doctrina de la economía política burguesa, al individuo se le considera solamente como una insignificante porción de la sociedad, la que vendría a ser un ser complejo, viviente, comprendiendo a la humanidad entera en su organismo. La sociedad sería un ser cuya célula sería el individuo; y siendo la célula, según la teoría de los sacerdotes de la economía, una dependencia del ser completo, se deduce, en consecuencia, que la criatura humana debe ser el esclavo de la sociedad.

Partiendo de esta base, es como los egoístas burgueses pretenden justificar el mantenimiento del salario, la servidumbre de los proletarios. Para ellos la sociedad es un organismo natural

que evoluciona y que, para desarrollarse, tiene el derecho de transformar, triturar, según sus necesidades, a los individuos que constituyen su existencia. El criterio que tienen para probar que la sociedad evoluciona y progresa, es cuando ésta despliega este lujo insólito en medio del cual están encenagados los privilegiados, es cuando los capitales se acumulan entre las manos de una minoría, entregándose a una danza insensata de miles de millones para deslumbrar a la muchedumbre.

Pero que este lujo de una minoría tenga su contrapartida en la horrorosa miseria de los más, que esta acumulación de capitales, solamente poseídos por unos cuantos, se haga en detrimento de los que los producen con su trabajo, de esto no se preocupan. ¡Qué importa que millones de individuos perezcan de hambre, con tal que los almacenes estén abarrotados, con tal que se puedan citar fortunas como las de los Rotschilds, de los Vanderlit, de los Jay Gould o de los Mackay! ¡la sociedad es rica! ¡tan rica que, repleta de mercancías, se ve obligada a declarar la guerra a los «salvajes» para obligarles a ponerse pantalones, cuando el ideal de estos infelices sería llevar completamente desnudas las partes que aquellos cubren! ¡Tan excesivamente rica, que ciertos individuos hacen juegos malabares con sus millones y no saben cómo gastar sus rentas!

Y en virtud de este razonamiento, se predica a los individuos el acatamiento de las actuales instituciones sociales, la abnegación de las masas y el respeto a los intereses particulares; en virtud de él se les guía, simulando proteger su parte de bienestar y su seguridad, a defender los privilegios de sus explotadores contra las reclamaciones de aquellos compañeros suyos de cadena que, más clarividentes, quieren modificar el actual orden de cosas.

En efecto, el estado social es, para el hombre, un instrumento para franquear los obstáculos naturales; un medio de engrandecer el campo de su actividad; de desarrollar su autonomía; de aumentar prodigiosamente sus fuerzas para allanar los obstáculos, reduciendo a la más mínima expresión la cantidad de tiempo necesaria para la producción de los objetos de primera necesidad, y transformar el trabajo en una diversión, en lugar de ser una fatiga como lo es en la actualidad.

En los tiempos más remotos de la historia humana se hallaría a los hombres asociados ya. Allí donde carecen de historia, entre las comarcas menos desarrolladas, existen ya agrupaciones de algunos individuos; de algunas familias. Los estudios prehistóricos que hacen remontar nuestro origen a muchos miles de siglos, nos señalan igualmente las trazas de estas asociaciones.

¿En qué período de su desarrollo ha buscado el hombre la sociedad de su semejante? ¿En qué época ha sentido la necesidad de unir sus fuerzas a las de otros, para triunfar de sus enemigos, o de los obstáculos que le oponía la naturaleza?

¿Fue en la edad de piedra? ¿Fue más allá aun, cuando su humanidad comenzó a deshacerse de la animalidad de los antepasados? ¿Fue todavía más lejos, cuando nada hacía presentir, cubierto aún de su ganga puramente animal, el futuro dominador del mundo terrestre, cuyo orgullo le conduciría un día a renegar de su origen? Sea cual fuera la época en que el espíritu de asociación haya surgido en la humanidad, esto interesa poco a nuestra tesis. Para nosotros, el individuo es anterior a la sociedad; no es él quien debe doblegarse ante las conveniencias arbitrariamente establecidas, pero sí deben hacerla las conveniencias ante su desarrollo.

Nadie duda que las primeras asociaciones, humanas o de antropopitéticos, hayan sido asociaciones temporales bajo la base de la más perfecta igualdad. Impulsados quizá por una necesidad de sociabilidad mal definida, pero seguramente también porque encontraban en esta asociación una seguridad más grande o una mayor recompensa a sus esfuerzos, los individuos contribuían a medida de sus fuerzas, repartiéndose el producto obtenido según sus

necesidades, o mejor aún, sus necesidades según el resultado obtenido. Y este ensayo de pasar del estado natural, aislado, al estado de asociación, indica que el hombre de entonces había comprendido o sentido que, únicamente uniendo sus fuerzas a las de sus semejantes, lograría poder resistir a sus enemigos mejor armados que él para la «lucha por la existencia».

Pero que, poco a poco, haya permitido le oprimieran bajo el férreo yugo; que, gradualmente, haya padecido la autoridad y la explotación de los que se le imponían o de los que él reconocía como jefes, esto no constituye de ninguna manera un progreso; antes al contrario, una regresión completa; por lo menos obstáculos y retrasos contra el progreso, puesto que, a partir del día en que tuvo jefes, una parte de sus fuerzas tuvo que ser empleada en mantener su autoridad, mientras que otra parte la combatía o quedaba aniquilada por el mero hecho de su existencia. Suma de esfuerzos perdidos, que hubiera sido preferible emplear contra las influencias nefastas del medio.

Que supieran convertir en más fuertes y más hábiles, en su exclusivo provecho y en detrimento del bienestar de la mayor parte de los asociados, estos principios rudimentarios de asociación, no indica de ningún modo que esta explotación sea más legítima.

¿Si, desde el principio, estos ensayos han tomado un camino equivocado, debe de ello deducirse que continuarán de igual manera? ¿Si nuestros antepasados han sido tan tontos en aceptar el yugo que los explotadores de su tiempo han sabido imponerles, o demasiado débiles para resistir, es preciso por ello que sus descendientes, que hoy comprenden sus derechos y tienen conciencia de su fuerza, continúen dejándose aplastar?

La teoría sería demasiado cómoda. Aun en las asociaciones animales que se ha pretendido darnos como ejemplo, para justificar el empleo de la autoridad, ¿se ha visto jamás que los individuos trabajaran para su jefe, obedecerle en sus menores caprichos, consentir en privarse y no comer por apetito que tuvieran, mientras él consumiera y despilfarrara el producto del trabajo de toda la manada?

Seguramente no. En las abejas y en las hormigas, cuyas asociaciones son las más comparables a nuestras sociedades humanas, pueden apreciarse especialidades de trabajo; la personalidad de los individuos ha evolucionado hacia un tipo particular: no habiéndoles permitido su inteligencia procurarse herramientas de materias inertes independientes de su organismo, son sus miembros los que las suplen y estas herramientas se desarrollan en el sentido de su especialidad, acarreando una conformación particular de todo el organismo. Estas graduales variaciones, acumulándose de generación en generación, han llegado a formar, entre cada especie, diferentes variedades de individuos, que parecen formar otras tantas clases.

Pero esta diferencia de aptitudes, esta especialización de trabajo, no tolera ninguna sujeción, ninguna autoridad. Cada individuo trabaja según su naturaleza en provecho común, porque el bien común engendra el suyo propio; todos se reparten la labor según sean sus aptitudes, como también los víveres según sus necesidades. Cuando una hormiga está hambrienta, golpea con sus antenas las de una hermana mejor provista, y ésta expele una parte de la comida que su estómago contiene; y si una cualquiera de ellas pretendiera despilfarrar los víveres de la comunidad, sus colegas no tardarían en hacerle entrar en vereda.

Nosotros no pedimos a los burgueses lleven su complacencia al extremo de las hormigas; cuando nosotros hablamos de *expeler*, no es en sentido de devolver lo que indebidamente hayan tomado. Pero ellos, que van a buscar hasta en los insectos argumentos para amparar su orden social, no deberían olvidar que estos animalitos no sufren el parasitismo de sus congéneres y saben defenderse de él.

Entre las abejas, hay una clase de alegres vividores, que podríamos comparar con nuestra dorada juventud, que son los zánganos, cuya sola ocupación consiste en hacer el amor y en perpetuar la especie. Estos aristócratas, lo mismo que nuestros jóvenes burgueses, viven del fruto del trabajo de los demás, sin que jamás hayan producido, pero se excusan de la manera siguiente que, dada la especialización de sus funciones, son indispensables para la repoblación de la colmena, puesto que la especie trabajadora sólo cuenta con hembras de sexo abortado y que, la generación normal no podría tener lugar sin ellos (tarea que los trabajadores humanos no creen deba delegarse, según supongo, en provecho de nadie). A pesar de esto, una vez llenado su cometido -fecundación de las hembras-, las obreras se apresuran a darles muerte, pues no les place la existencia de bocas que se han convertido en inútiles.

¿Y la reina? ¡esta famosa reina! Ella, de la cual se ha pretendido hacer el emblema del poder monárquico, á su vez, ha debido descender de su trono y contentarse con un papel más modesto, pero más útil.

Cuando los sabios, más cuidadosos de observar la realidad de los hechos que de buscar en ellos la justificación de las pretensiones de los amos cuyas pensiones y gratificaciones eran de esperar, estudiaron seriamente las costumbres de las colmenas, reconocieron que la seudo-reina era una madre de familia de suma fecundidad (de que carece el ser humano), puesto que en realidad, y no en sentido figurado, era la madre de su pueblo. Si estaba más atendida y mejor cuidada que las otras, pareciendo no tomar parte en ninguno de los trabajos de la comunidad, era que tenía un quehacer más importante: poner huevos siempre y sin cesar, con objeto de asegurar la repoblación de la colonia.

Tomemos una asociación menos complicada; más rudimentaria; la de ciertas clases de mamíferos, por ejemplo, los rumiantes. Un rebaño de hembras y de jóvenes bajo la dirección de un macho: he aquí toda la sociedad. En ella tampoco nadie trabaja para alimentar al titulado jefe. Aparte de las caricias de las hembras, cuyo monopolio se reserva y que los jóvenes no se hallan en situación de discutirle, no tiene ningún otro privilegio este supuesto jefe.

En cambio, sobre él pesa el cuidado de velar por la seguridad de la manada, mientras pace o mientras los jóvenes se entregan a sus primeras correrías. Ser el primero en dar la señal al aparecer el enemigo, el último en huir, cubrir la retirada de su rebaño y mostrarse en lo más fuerte del peligro, he aquí su deber.

Cuando los jóvenes han crecido, entonces le disputan la posesión de las hembras. Si permanece fuerte todavía, los expulsa del rebaño, dichoso si de su harén hay una parte que le permanezca fiel. Pero aquí ni vemos autoridad, ni explotación.

Sólo en las hormigas es donde encontramos signos de explotación por la esclavitud; pero esta esclavitud es no más que relativa, puesto que la soportan sólo las obreras de una especie extraña, apresadas en estado de ninfa y que, habiendo visto la luz en casa de sus dueños, pueden creer que forman parte de la misma familia, no teniendo, en el fondo, que desempeñar otras funciones que las que deberían desempeñar en su propio hormiguero. Y aun en esta semi-esclavitud, el dueño no es de los más absolutos, aunque esta servidumbre radique completamente en la fuerza y en el robo.

Por todas partes encontramos solidaridad, obediencia quizá, pero obediencia reflexionada, discutida a veces, siempre atemperada por la deliberación del individuo, y no sumisión absoluta. Todas las revueltas que han señalado las etapas del proletariado, todas las revoluciones hechas para derribar al poder constituido, nos demuestran que si se han podido ahogar las tentativas para hacerse libres, no se ha podido destruir, en cambio, el sentimiento de independencia que anida en el cerebro de todo ser, sentimiento que a veces puede adormecerse, pero que se despierta al sentir los latigazos de la necesidad.

Después de cada revolución, se caía de nuevo en la costumbre inveterada de la opresión y de la autoridad, lo que contenía a los prejuzgados de educación. Desde que se conoce la humanidad, ha permanecido siempre sujeta; nada pues de extraño que no pueda creer en una libertad mal reglamentada. Pero hoy, estos prejuicios ruedan bajo los golpes de la crítica; estos sentimientos de independencia encuentran su fórmula; la humanidad aprende a no querer amos; reclama su libre autonomía.

La asociación es, pues, para el hombre, una necesidad, es una de las condiciones *sine qua non* de su desarrollo intelectual. Pero, si el individuo se ve obligado a vivir en sociedad, no es preciso, como ya hemos visto, que se precipite en opinar que debe sacrificarse en aras de la asociación. Esta sociedad no tiene otra razón de ser, que las ventajas que el individuo pueda obtener de ella; si le fuera perjudicial, tendría el derecho de librarse de ella, y entonces llegamos a la consecuencia de que la sociedad, esta entidad abstracta creada por los sociólogos y los políticos no tiene, virtualmente, ningún derecho, ningún poder sobre el individuo; que en ningún caso, ni el bienestar, ni la autonomía de éste pueden serle sacrificados -contra su voluntad- a las necesidades de ésta, y que todas las sub-entidades: autoridad, propiedad, patria, familia, son sólo instrumentos creados por los que se benefician, para absorber la individualidad humana y explotarla en provecho propio.

Es a todas luces evidente que la sociedad no puede tener ninguna necesidad propia, que le sea particular; que no forma un organismo independiente, y que todas las analogías que se han querido alegar son demasiado exageradas para tener valor alguno. En muchos casos, puede compararse la sociedad a un organismo; la analogía puede ser más o menos semejante, pero sería un error deducir una absoluta identificación.

La asociación de los individuos se ha hecho con el propósito de obtener el mejor partido de sus fuerzas; esta asociación puede ser temporal o permanente, pueden variar sus modos de información, pero todo esto no crea ningún ser viviente. Y cuando en nombre de este pretendido organismo quieren hacerse valer nuevos derechos, contradictorios a los de aquellos individuos que forman la materia, esto significa solamente que los que se han arrogado el derecho de dirigir el carro social, experimentan la necesidad de anteponer sus intereses a los de sus propios coasociados.

Si se hubiera establecido la sociedad sobre bases naturales, el interés social y el interés individual no chocarían nunca. El animal que resulta de un conjunto de células, no experimenta ninguna necesidad perjudicial a sus partículas, salvo en los casos patológicos que, entonces, implican la pérdida de una parte de células y al final la del animal entero.

Este último caso es el de la sociedad actual, que está tan mal equilibrada, que el interés individual está, no sólo en desacuerdo con el interés general, sino que todo interés particular tiene igualmente conflictos con cada uno de los intereses inmediatos. Caso patológico que constituye la pérdida de una multitud de individuos, echando asimismo el desorden entre la sociedad, llevándola a su ruina, a la descomposición.

Esta tendencia en considerar, hasta ahora, al individuo como un simple accesorio de la sociedad, ha contribuido bastante a extraviar a todos los *fabricantes* de sistemas sociales, haciéndoles sacrificar su autonomía a la buena marcha de los sistemas arbitrariamente inventados por ellos.

Ellos, los anarquistas, pretendiendo tomar por base la verdadera naturaleza del hombre, los verdaderos datos de la asociación, no ven, en la humanidad, más que un vasto campo de evolución que ofrece a todos los temperamentos, a todas las ideas, a todas las concepciones, el lugar para evolucionar libremente, según sean sus afinidades. Para los anarquistas, la sociedad no tiene razón de existir y de desarrollarse, si no aporta una mejora al hombre, tanto en sentido

individual como general, si no contribuye a su progreso, permitiéndole mayor extensión de facultades; sin exigirle *ninguna clase* de limitaciones perjudiciales a su personalidad, a no ser las actuales, en nombre de las condiciones naturales de existencia, entre las cuales se mueve.

Ciertos socialistas, apoyándose sobre una opinión emitida ya por Hæckel, han pretendido amparar sus ideas centralizadoras de la manera siguiente:

«… Considerados bajo cualquier orden de hechos, por ejemplo en categorías muy diferentes, sea la teoría cosmogónica, obteniendo por medio de una condensación progresiva de la materia dispersa y estriada por corrientes, de movimientos arremolinadores, los mundos siderales, cuyas masas sufren en una estrechez mutua la acción de las unas contra las otras; sea el perfeccionamiento del sistema nervioso, y por consiguiente la inteligencia que crece con la concentración de las células que se subdividen en circunscripciones diversas de un órgano central; sea el desarrollo lingüístico yendo de la sucesión de las palabras invariables e independientes a la unión de éstas con los elementos constitutivos de sus relaciones activas o pasivas, y de la modificación de las mismas palabras siguiendo las relaciones que afectan entre sí, desde todo punto de vista, la evolución se opera siempre por la transición de una forma cada vez más consolidada, de un estado difuso a un estado concentrado, y a medida que se engrandece la concentración de las partes, *su dependencia recíproca aumenta*; es decir: que, cada vez más, ellas no pueden extender su actividad propia sin la ayuda de las otras». (G. Deville, *El anarquismo*).

¡Cuántas tonterías puede hacer decir a un hombre el espíritu de autoritarismo! Al agruparse las células, se convierten las unas en dependientes de las otras, y M. Deville saca la consecuencia de que las unas no pueden moverse sin permiso de las demás. Error profundo, señores autoritarios, error profundísimo. Asociando sus esfuerzos, los individuos -al igual que las células- llegan a depender los unos de los otros, en el concepto de que el bien -o el mal- sentido por la totalidad, será sentido por la partícula, y que el efecto experimentado por la partícula, conmocionará más o menos a la totalidad.

Pero, si en la agregación de células que dan el ser a organismos más complicados, se produjera por un cierto grupo de aquéllas -como sucede en nuestras sociedades por los trabajadores-, más mal que bien, no se haría la asociación. ¡Y pretenderían que el hombre, a pesar de su inteligencia, continuara sufriendo un estado de cosas que no habrían podido soportar los infinitamente pequeños, con sensorios de los más rudimentarios!

De estas comparaciones se deduce que la solidaridad más profunda debe unir a los individuos asociados, pero nunca encadenar su autonomía; porque si se reconocieran como verdaderos sus razonamientos, resultaría que el estado de asociación es perjudicial al hombre, empequeñeciendo su individualidad. ¿El espíritu de la libertad no es la tendencia general del ser humano? ¿Para conservar este último su integridad debería, pues, quedar aislado? conclusión tan absurda como el razonamiento que la provoca.

Creando un conjunto de herramientas mecánicas, que con poco aprendizaje logra manejar, el hombre se substrae a la necesidad de transformar su organismo -como hacen las células y los insectos-; su mano, herramienta maravillosa, pudiendo manejar y ejercer todas aquéllas que su cerebro inventivo le induce a combinar, le permite adaptarse a todas las circunstancias de la lucha por la existencia sin llegar a una especialización tan profunda de los individuos. Las diferencias de aptitud y de concepción son infinitas, pero no acarrean en el hombre una modificación en el organismo, haciendo imposible a un individuo, la adaptación a determinadas aptitudes hacia las cuales, primitivamente, no tenía tendencia; así pues, su situación en la sociedad no tiene nada que ver con la especialización de trabajo de las células en el organismo, de los neutros en los insectos.

Además, a estas pretendidas afirmaciones, indudablemente científicas, es la ciencia burguesa misma la que va a contestar por medio del órgano de un individuo que, al par que negaba la autoridad en la ciencia, no desdeñaba de practicarla en la política y, que entre los funcionarios, no fue, por cierto, uno de los menos *galoneados*.

«… La centralización, de la que nos habla M. Hæckel ¿existe realmente en ellos? (los seres pluricelulares). ¿Están divididas sus células en dominadoras y en obedientes, en amos y en servidores? Todos los hechos que nosotros conocemos responden n*egativamente con la mayor claridad*.

«Yo no insistiré sobre la autonomía real, de la que gozan evidentemente cada una de las células de todo organismo pluricelular; ni M. Hæckel ni nadie ha negado, en efecto, esta autonomía, pero es importante poner de relieve la naturaleza de los límites entre los cuales se ejerce. Así veremos que ésta es mucho más considerable de lo que generalmente se cree y que si bien es verdad que todas las células dependen unas de otras, no lo es menos también que *ninguna manda a las demás*, y que los organismos pluricelulares, aun los mejor educados, no son en manera alguna, comparables a una monarquía *ni a ningún otro gobierno autoritario y centralizado*». (J. J. Lanessan, *El transformismo*, pág. 183).

Y más adelante:

«… Autonomía y solidaridad; estas dos palabras resumen las condiciones de existencia de las células de todo organismo pluricelular; autonomía y solidaridad; tal seda la base de una sociedad que hubiera sido construida sobre el modelo de los seres animados». (*El mismo*, pág. 196).

Desde todos los puntos de vista, se nos dice, la evolución se opera siempre por el tránsito de una forma incoherente a otra forma más coordinada. Pero, nosotros los anarquistas, no hemos dicho nunca otra cosa; hemos siempre reconocido que, dejando a la autonomía individual la facultad de manifestarse, podrían producirse, desde el principio de sus primeras manifestaciones, unas incorrecciones, faltas en absoluto de lógica aparente; pero, procediendo los males que padecemos, del autoritarismo actual, es preferible pasar por este estado difuso a sufrir algunos de los inconvenientes, cuyos autores serían los primeros en lamentar en mayor escala que los demás, que no tener que recurrir una vez más a la autoridad, la que no necesita dar a conocer su valer en materia de desorden.

Dejemos buscarse a los individuos libres, dejemos, que se haga luz sobre las ideas, y veremos, en breve, todos los titubeos, todas las vacilaciones, todos los errores corregidos por sus propios inconvenientes, hacer sitio a la inteligencia y al funcionamiento armónico de todas nuestras facultades.

No, la sociedad no es un organismo que exista por sí propio, no; su existencia no es independiente de la de los individuos que la componen; no es nada por sí misma. Destruyan a los individuos y desaparecerá la sociedad. Que la sociedad se disuelva, que los individuos se aíslen; vivirán mal, volverán al estado salvaje, sus facultades retrocederán en vez de adelantar, pero, finalmente, continuarán existiendo.

Acabamos de ver que en los seres organizados, hasta en los pertenecientes al orden más elevado, las células, aun cuando permanezcan muy unidas, siguen siendo autónomas; así, pues, la opinión de los autoritarios es mala. Ya veremos como más que mala, es absurda.

Para formar la enorme cohesión de células que constituyen un mamífero, por ejemplo; para llegar a esta división del trabajo donde cada célula ocupa su lugar en la colonia y suministra su parte de trabajo, siempre la misma, ha sido preciso que cada célula, desde el principio de la

agregación, fuera inconsciente de su individualidad y no tuviera marcada preferencia por determinado trabajo. Para que, entre las células, las unas se distribuyeran para abastecer a los músculos y las otras la piel, el pelo, la osamenta; para que algunas se emplearan en secretar, unas la sangre, la linfa, la bilis, otras el pensamiento, sin salir jamás de esta especialidad, hasta llegar a ser incapaces de cualquier otra adaptación, hasta el punto de atrofiarse y perecer cuando las condiciones donde se mueven habitualmente quedan destruidas, para que esto ocurra, se precisa una plasticidad primitiva que el hombre no tiene, a pesar de ser por sí mismo un ser complejo y completo y a la cual, además, el estado de consciencia a que ha llegado, le impediría doblegarse.

Puede seguirse la progresión de la adaptación de las células, estudiando las primitivas formas animales. Si se toma una amiba, una manera, que son, entre los protistas, los seres más rudimentarios, se ve esta especie de gelatina viviente cambiar de lugar, comer, prolificar, sin tener ningún órgano especial. El individuo verifica todos estos trabajos con una parte de su ser; si quiere andar, proyecta, con la periferia de su cuerpo, una serie de prolongaciones que le sirven de pies; si quiere comer, engulle el alimento, por no importa cual parte de su materia, lo envuelve y lo disuelve dentro de su masa. ¿Quiere multiplicarse? una estrangulación se produce en mitad de su cuerpo que, adelgazándose más y más, forma dos distintos individuos; cuando la segmentación está en estado de madurez, se desprenden los dos individuos y forman dos seres separados, parecidos en un todo al que les ha dado el ser.

Esta es la fase de la amiba; en la monera -monera anaranjada de Hæckel-, la prolificación es más complicada y se desarrolla por distintas fases. Subamos la escala tan sólo algunos grados, y encontraremos la ascidia. Aquí el individuo no está ya compuesto de una sola célula, es una colonia donde las funciones empiezan a especializarse. Hay una epidermis, un principio de mucosa, una abertura para tragar los alimentos, y… otra opuesta para la salida. Pero la especialización es tan poco asegurada, es de una adquisición tan reciente, que se puede coger el animal, volverlo como una media y continuará viviendo -tomando la epidermis el lugar de las paredes digestivas-, como si nada anormal hubiera ocurrido en su existencia.

Tómense ciertas hidras de agua dulce, vuélvase una y póngase en el interior de una mayor; se unirán las dos mucosas y los dos animales se convertirán en uno, que continuará viviendo sin encontrarse molesto por el aumento de su individuo, sin darse cuenta de que con más derecho que los antiguos autócratas, podría hablar en plural.

¿Quiere hacerse una experiencia contraria; tomar un individuo de esta especie y cortarlo en varios pedazos? -Tantos pedazos cortados, otros tantos individuos creados; los que vivirán sin tardar en completarse, a cuyo efecto secretarán las partes que les falten de su individuo.

Así, pues, debido a la evolución y a la progresión del organismo que constituían, las células primordiales han llegado, poco a poco, a especializarse en su labor y a perder la facilidad de transformarse. Pero, llegando a ser solidaria de la colonia, como hemos visto, la célula no se ha convertido en esclava. Su solidaridad ha llegado a ser tan estrecha con sus coasociados, que, si rehusara cumplir con su trabajo, perecería la colonia, o por lo menos sufriría las consecuencias,[1] pero ella sería la primera en salir perjudicada, puesto que experimenta sólo la sujeción de las leyes naturales de su modo de existir y no el castigo arbitrariamente impuesto por cierta clase de sus coasociados.

Por lo tanto, en nuestras sociedades, vemos que las leyes castigan las contravenciones contra el orden establecido; pero esta sanción es tan poco natural y tan inestable, que los encargados de aplicarla no se entienden entre ellos. Cuando hayan establecido una sociedad en la que cada infracción lleve consigo su castigo, sin la intervención arbitraria de los que se han hecho

[1] A menos que la colonia la elimine y reemplace.

los dispensadores de la recompensa y del castigo, tendrán el derecho de proclamarla natural y de compararla a un organismo: actualmente, sólo es un desorden y una confusión.

Como hemos visto ya, el ideal de la economía política sería especializar a los individuos y encerrados en una casilla del tablero social, sin que pudieran salir. Cada día vemos al obrero llegar a ser menos capaz de un trabajo entero y confinarse a una especialidad de la que no saldrá. Uno hará, durante toda su vida, cabezas de alfiler, sin saber cómo se afila la punta. Otro, durante su existencia, grabará con la ayuda de una máquina, la misma pieza de metal, ignorando el lugar que debe ocupar en el mecanismo completo. He aquí adonde nos conduce la burguesía, con la esperanza de hacernos ser más dependientes del trabajo que nos señale.

Los economistas burgueses se lamentan de que los pobres tienen demasiados hijos. Querrían quitarles esta última alegría. Con su sistema de impeler al taller a la mujer y al niño, desearían poder llegar a eliminar al hombre-obrero. Se le reservarían ciertos empleos especiales donde no podría ser reemplazado por la mujer o por el niño; se le confiaría una especialidad en estos empleos, tal como los neutros de las abejas y de las hormigas, o los guerreros de las termitas.

Ellos, los burgueses, fuera de su familia «legítima» que debería heredar su fortuna y continuar su «obra civilizadora», tendrían un harén de hembras-obreras que les procrearían un hato de bastardos, que serían el rebaño del taller, de las oficinas y del ejército, así como las madres serían el ganado del placer y de la producción.

Este ideal no nos seduce. Comprendemos que los burgueses prediquen el sacrificio de la individualidad a la evolución del sistema social, pero la individualidad no quiere sacrificarse; no quiere atrofiar sus facultades en el ejercicio de una sola; quiere dar libre impulso a todas, adquiriendo otras nuevas, si las necesita. En vez de empequeñecer, quiere desarrollarse, amplificarse, adquirir la mayor suma de conocimientos que el ser humano pueda apropiarse. Sí; la sociedad debe evolucionar; no como un organismo independiente que se desarrolla dirigiendo la evolución de las células que lo componen, sino como simple consecuencia de la evolución del ser humano.

Así pues, la sociedad no tiene razón de ser sino con la condición de que los que la constituyen encuentren un mayor desarrollo en el bienestar y en la autonomía. Sólo tiene un objetivo: producir el mayor número de goces con el menor dispendio de esfuerzos. Además, como las necesidades son variadas y los temperamentos diferenciados de mil maneras, se deduce que este estado de asociación puede revestirse de formas múltiples: innumerables podrían ser los grupos que podrían formarse el día en que la libre espontaneidad de los individuos les diera alas. De lo que resulta que es un error el pretender hacer converger los esfuerzos de todos hacia una mejora social en detrimento de la felicidad individual. Esto sería querer ir al contrasentido.

Que se ensanche el campo de la evolución del individuo y se obtendrá una buena evolución social. Si se quiere que el funcionamiento de esta asociación de fuerzas, que reconocemos indispensables, no sea perturbado, es preciso que el individuo, en esta reunión de fuerzas, no resulte lesionado en ninguna de sus aspiraciones, estorbado en ninguno de sus movimientos. No teniendo el estado social, para él, razón de ser, sino donde encuentre ventajas, la armonía social no podrá existir sino cuando cada uno pueda evolucionar libremente.

Si un solo individuo se considerara lesionado, para él la asociación sería un mal, no teniendo razón de ser y tendría, por consiguiente, el derecho de retirarse y de declararse en rebeldía contra las leyes que se pretendiera imponerle.

CAPÍTULO III

LA IGUALDAD SOCIAL

LAS DESIGUALDADES NATURALES

Teniendo por base la sociedad actual el antagonismo de los intereses, siendo su regla moral el Código, que sólo es severo para los que lo infringen abiertamente o son bastante cándidos para dejarse coger, se deduce que los más acomodados de la sociedad actual, son los que saben pasar al través de sus mallas; los intrigantes, los fulleros, los estafadores, los gazmoños, los hipócritas, los desapiadados y los egoístas; he aquí los productos que la selección social nos procura.

La fortuna no es para el que sea más robusto o para el que mejor haya sabido adaptarse a las *condiciones naturales* de existencia, si no para el que haya llegado a encontrar la brecha de un artículo de ley, al amparo del cual pueda robar mejor a sus competidores y ser el más felón en sus relaciones con sus semejantes. Para estar más acomodado no es preciso saber producir, sino hacer producir a los demás y acaparar el producto de su trabajo.

La bondad y el espíritu de solidaridad, son cualidades que cada uno alaba, procurando hacer creer que las posee, pero que se descuidan bastante en la práctica (hablamos aquí de los que siguen la moral burguesa), y que se califican como tonterías, cuando el individuo que las practica degenera en víctima.

La moral pública les aprecia, pero la victoria será del que sepa restringir su bondad y acortar su solidaridad.

«Es más bueno que el pan». -«Cada uno para sí y Dios para todos»-. «La caridad bien entendida empieza por uno mismo». He aquí los preceptos que enseña la sabiduría de las naciones y que encierran los cursos de moral que pretenden resumir mejor el espíritu práctico de los conocimientos burgueses. Reglas que sirven, a los espíritus «positivos y prácticos», para ocultar un carácter seco, estrecho y llanamente egoísta.

Egoísta, no en el sentido de la conservación individual, con el conocimiento de su situación en medio de la vida y de sus relaciones con los otros seres, sino este egoísmo rapaz, feroz, que impulsa al individuo a no pensar en nadie más que en sí mismo, a no ver en sus iguales más que competidores. He aquí los que nos da la selección de la sociedad actual. Este egoísmo es el que ha conducido al hombre a hacerse el centro del universo, y que incita a ciertos individuos, si no a creerse los centros de la humanidad, por lo menos a la pedantería de suponerse mejores y más inteligentes que los otros.

¡Cuántas tonterías ha hecho decir a los sabios oficiales esta igualdad reclamada por los socialistas! ¡Cuántas estupideces han amontonado los burgueses sabios para demostrar la imposibilidad de una sociedad igualitaria! ¡Y, extremo ilogismo, demostrando que no todos los individuos alcanzan el mismo grado de evolución, es por que piden una regla común para todos! que arregle esto quien quiera, porque nuestros sabios no se preocupan de ello. Que sus argumentos sean irreductibles, poco les importa. También ellos les piden solamente un apoyo momentáneo, y para determinados casos.

«Es la misma naturaleza, dicen, la que produce las desigualdades; aun cuando pongan a la disposición de cada uno los medios de desarrollo, el resultado no será el mismo para todos y encontraran ciertos individuos que sabrán adquirir mejor que otros ciertos conocimientos».

Dice Büchner, que la organización social en vez de atenuar estas desigualdades, contribuye a aumentarlas, pero nosotros haremos observar luego que, por su parte, al pedir los anarquistas la igualdad de condiciones para todos, no han tenido nunca la intención de impedir a los más inteligentes el desarrollarse según el grado que pudiera facilitarles su propia naturaleza, ni esperado introducir, a la fuerza, en el cerebro de los peor dotados, las partes de saber puestas a su disposición.

Al pedir, para todos, la facultad de adquirir conocimientos y la igualdad en los rendimientos, pretendemos que no se favorezca a nadie en sus medios de evolución, cuando redunde en perjuicio de los demás; pero nadie, que yo sepa, ha tenido la candidez de esperar se decretara un límite de inteligencia que nadie pudiera exceder, pero que todos debían alcanzar; un patrón de talla que nadie podría rebasar, so pena de rebanarle lo que sobrara al que excediera y hacer alargar por cuatro caballos al que no llegara, y un color uniforme de cabellos que todos deberían adoptar, si no querían incurrir en las penas más severas.

Es preciso ser completamente estúpido para imaginarse que los anarquistas han pretendido que esto se decretara. ¡Y los que nos cuentan semejantes paparruchas, pretenden formar parte de los intelectuales más precIaros!

Todos nacemos con nuestro temperamento, nuestras aptitudes, nuestras cualidades físicas y morales, transformables quizá, pero en todo caso diferentes; cada uno lleva consigo su evolución futura impulsada por las contingencias que le han creado y lanzado a la vida; esta evolución podrá ser facilitada, estorbada y aún desviada por las circunstancias y medios futuros, pero no impedirá que cada uno nazca con sus aptitudes particulares que dominarán siempre en su evolución, y ¡la igualación de estas aptitudes es lo que se nos acusa querer decretar!

¡Nosotros queremos que cada cual tenga la posibilidad de evolucionar y de desarrollar sus facultades en completa libertad! Nosotros no queremos que todos coman su pitanza en la misma escudilla, pero queremos que todos coman, hasta satisfacer su apetito, lo que sus gustos les permitan obtener, aguzando sus facultades a medida de sus deseos; queremos que todos puedan ser dichosos, no decretando una medida común de felicidad, un estiaje de dicha cuya respectiva parte cada cual tenga necesidad de tomar bajo pena de prisión, sino dejar a cada individuo el cuidado y la libertad de crearse su parte de felicidad, según su propia comprensión, según su grado de desarrollo.

A los que se consideren dichosos comiendo hasta reventar, degustando finos manjares, saturándose de alcohol o catando vinos de exquisitas marcas, déjeseles completamente libres para cultivar sus aptitudes. Nosotros no pedimos que la sociedad deba procurarles el motivo de sus goces, sino que sus facultades tengan el campo libre para obtener lo que deba constituir su felicidad.

Pero también, que el que guste de las cosas artísticas o intelectuales, que el que tenga avidez de saber; ansia de extasiarse ante lo bello, que éste, también, tenga la posibilidad de alcanzar su ideal y no se vea cohibido en su expansión por cuestión del vil interés, por las dificultades económicas que ocasiona la sociedad actual; que no se le corten las alas porque esta dicha es el monopolio de algunos individuos y que, para alcanzarla, la sociedad exige, no esfuerzos, sino dinero.

Igualdad de medios, mejor aún, concesión a todo el mundo de las mismas facilidades, y no igualdad del fin, he aquí lo que nosotros entendemos por «igualdad social», he aquí lo que

saben perfectamente los que fingen despreciar nuestras reivindicaciones, prefiriendo ridiculizarlas, siendo incapaces de refutadas.

A los trabajadores que reclaman su parte de saber, responden estos seudo-sabios, haciendo alarde de su pretendida ciencia: «Pero, no sean tontos, si no saben lo que decís. ¡Ah! ¡Ah! esta sí que es buena ¡ignorantes que quieren saber, creyéndose iguales a los genios sublimes que constituyen la gloria de la humanidad! ¿Ignoran, pues, que la ciencia no puede ser conocida más que de una exigua minoría para hacer de ella su labor especial, y que, ustedes, deben decidirse a permanecer en su esfera, contentándose con producir placeres para la parte más selecta de la sociedad, que, es la única, la única, ¿lo oyen bien? que representa a la humanidad?

«¡Vayan, vayan, pobres ignorantes, vayan a leer los libros que hacemos para ustedes! ¡allí verán que no hay, que no puede haber igualdad! Los individuos nacen con «cualidades» diferentes: los unos son imbéciles, otros mediocres, otros inteligentes, otros más inteligentes aun, y, raramente, de siglo en siglo, un hombre de genio. Así pues, ¡no lograran nunca que estos individuos sean iguales! Su sistema conduce a la opresión de la inteligencia por la medianía; su aplicación sería el retroceso de la humanidad. El triunfo de sus teorías marcaría la era de la decadencia del espíritu humano.

«Si hubieran aprendido la ciencia, -como nosotros-, sabrían que los sabios -como nosotros- están hechos para gobernar a los tontos -como ustedes-. ¿Nos querrían ver obligados a hacer nuestra cama, o a limpiarnos las botas? ¡He aquí unas *nobles faenas* para los que contemplan los astros, o buscan el secreto de la vida en el estudio del cuerpo humano! Nosotros no podemos hacer ciencia, sino con la condición de tener esclavos que produzcan para nosotros; sépanlo, de una vez para siempre, y no nos vengan a romper la cabeza con sus desvaríos de igualdad».

Y los tontos -que no son los últimos en creerse unos seres superiores, de no tener opinión, de proclamar muy alto que la desigualdad es una ley natural entre los hombres-, creen que es una locura suponer que un zapatero remendón pueda valer, intelectualmente, tanto como un caballero que escribe libros que nadie lee. Es lo que vamos a estudiar.

En primer lugar, la inteligencia es cosa que no han procurado nunca explicarnos los que se creen «la crema del intelectualismo». Para ellos, la inteligencia, es estar colocado, tener un empleo oficial que les ponga cien codos más arriba de sus vecinos, un estado de fortuna que les permita hallar lo que les haga falta, sin necesidad de cooperar a la producción y tener el desahogo de discutir cosas que la mayoría de las veces no se comprenden. Arrimarse al sol que más calienta, he aquí su inteligencia.

Sin embargo, la inteligencia es una cosa muy distinta; y a propósito de ello dice M. Manouvrier, un sabio que no se ilusiona por las frases, que no está contagiado por la pedantería de estas pretendidas inteligencias y que es uno de los que saben analizar mejor las operaciones intelectuales:

«La inteligencia, considerada en sí misma, *in abstracto*, es una correspondencia entre las relaciones externas e internas. Esta correspondencia o coordinación, esta adaptación, en su evolución zoológica, crece en espacio, tiempo, variedad, generalidad y complexidad. Tal es la definición dada y admirablemente desarrollada por M. Spencer. Una evolución parecida se opera en cada individuo según el grado de evolución psíquica alcanzada por su especie y por su raza, y según las condiciones particulares de su conformación propia y de sus relaciones con su medio». (Curso del 93).

La inteligencia; una adaptación de relaciones internas con las externas, esto es explícito. Cuanto más adaptado se halla uno al medio en el cual se vive, tanto más se es inteligente. Pero si se quiere que los individuos puedan adaptarse a su medio, es preciso dejarles aún la libertad de desarrollarse y no interponerles estorbos como lo verifica la sociedad actual, respecto de la mayoría. Acabamos de ver que la adaptación que favorece la sociedad actual, está muy distante de ser la reclamada por la verdadera justicia.

Una verdadera adaptación a las condiciones naturales de la existencia, sería igual que bastarse a sí mismo con su propia industria. Si en un momento dado se aboliera el poder arbitrario de la moneda y cada cual tuviera que prestar alguna utilidad a la asociación para tener derecho a la subsistencia, algunos burgueses correrían peligro de desaparecer «castigados, en esto, por la comunidad, que les enseñaría que, no hay para ellos lugar en el festín de la naturaleza», y entre ellos, se verían en primer lugar, bastantes de estos que se titulan inteligencias privilegiadas.

Y junto con ellos algunos sabios que no confundiremos con los primeros, porque tienen, por sí mismos, algún valor, pero víctimas en ello, de una falsa selección que, poniendo a su disposición todas las facilidades para vivir, les ha convertido en monstruos del orden intelectual, sabiendo lo que sucede en la luna o cuáles son los metales que se hallan en el espectro de Sirio, pero ignoran que, sobre la tierra hay hombres que padecen, sufren y mueren de hambre a consecuencia del parasitismo de los otros.

Pero la definición de la inteligencia hecha por M. Manouvrier, no se limita al extracto, que acabamos de dar; oigámosle todavía:

«Las relaciones externas son infinitas; son el universo entero. Una correspondencia completa y perfecta con todas estas relaciones constituiría una potencia extrema. Pero esta correspondencia perfecta no existe y no es posible en ningún ser. La reunión de todas las correspondencias realizadas en todos los hombres, en todos los seres vivientes, formaría por lo tanto una suma inmensa, que a poder estar reunida en un solo individuo; daría a éste un poder enorme. Pero cada hombre no está en relación más que con cierto número, más o menos considerable, de relaciones externas y su conformación sólo soporta el establecimiento de cierta cantidad de relaciones internas correspondientes. Las relaciones internas establecidas son las que constituyen su inteligencia efectiva. Sepárenlo de aquí, e indudablemente no comprenderá nada, dirá sólo insensateces y no hará cosa de provecho: se les aparecerá como un imbécil. De esta manera es como se aplica, a menudo, el epíteto *ininteligente* a un concepto, a un juicio, a una manera de comprender que están en desacuerdo con las relaciones externas realmente existentes.

«Pero si frecuentan un poco a este mismo individuo que les ha parecido ininteligente, podrá suceder que vean existir en él una cantidad de relaciones correspondientes a las relaciones externas, diferentes de las a que en principio le han sometido. Se percataran entonces de que es un hombre inteligente, pero en distinta esfera que ustedes. Les será permitida la suposición de que su esfera intelectual es más elevada, más importante que la suya, que sus relaciones internas corresponden a relaciones externas más numerosas, más generales, más complexas, más extendidas. Y podrá suceder que está suposición, que raramente se acostumbra a hacer en casos parecidos, sea conforme a la realidad». (Curso del 93 en la Escuela de Antropología).

Lo que hace vociferar a los defensores del actual orden social, cuando nosotros reclamamos la igualdad para todos, es el comprender que no podrán emplear sus capitales para librarse, a cargo de los demás, del cuidado de los trabajos que conceptúan inferiores.

El hombre inteligente, dicen ellos, estando, naturalmente, por encima del que no lo es, es preciso que pueda encontrar una mayor cantidad de placeres, puesto que, por sus trabajos, es más útil a la sociedad. El sin talento, en razón a su inferioridad, está condenado a servir para

siempre. ¡Quererle comparar con los hombres de genio es querer oprimir la inteligencia! ¡Lo que pretenden, es el reinado de las medianías!

Como medianías, creemos sería muy difícil, en esto, igualar el sufragio universal, para llevarles al pináculo. Es inútil, pues, insistir.

Nada más que colocándonos en el punto de vista estrictamente filosófico, podríamos responder valientemente a los que dicen que la sociedad debe mucho a los hombres superiores y que nuestra proposición es un error: el hombre instruido, inteligente, acaparando una mayor porción de materia cerebral, aprovechando los medios de estudio que la sociedad ha puesto a su disposición, y esto en detrimento de los que estaban condenados a producir mientras que él se asimilaba los conocimientos y los descubrimientos, es un hombre inteligente que resulta deudor a la sociedad; en vez de tener que reclamar un aumento de goces, es ella la que tiene derecho a decirle: «¡devuelve, pues, a proporción lo que yo te he facilitado!»

Y por sociedad, nosotros entendemos a todos aquellos que han producido mientras él estudiaba, a todos aquellos que han cooperado en producir los libros leídos por él, los instrumentos que ha necesitado para sus experimentos y los productos que ha utilizado en sus indagaciones. ¿Qué habría hecho, con toda la inteligencia de que virtualmente pudiera estar dotado, si no hubiera encontrado todo esto a su alcance?

Pero ¿con qué derecho un hombre, aunque fuera más inteligente que otro, podría venir a promulgar leyes? -¿Con el derecho de su inteligencia?- Si siendo el ser ignorante el más fuerte, usara de su fuerza para obligar al hombre inteligente a servirle, ¿dirían que esto es justo? -¿Por qué no?- La fuerza es también un producto de la selección natural, lo mismo que la inteligencia. Si hay algunos que se envanecen con la actividad de su cerebro, hay otros que hacen gala de la fuerza de sus bíceps, y nosotros hemos tenido en nuestras sociedades bastantes ejemplos de fuerza brutal dominando la inteligencia y reclamando la prioridad, para probar que nuestra suposición es posible. Aun hay más; acabamos de ver con Monsieur Manouvrier que la inteligencia es muy relativa; que un hombre puede ser superior en un ramo de conocimientos y estar desorientado en otro orden de ideas. No hay ni seres perfectos, ni omniscientes; todos tenemos defectos inherentes a la naturaleza humana, y habrá individuo que razonando superiormente las ideas abstractas, caerá en un ridículo en circunstancias corrientes de la vida; ¡cuán peor no es esto! Algunos sabios no oponen dificultad alguna para convenir en lo siguiente:

«En ciertos sabios, el desarrollo intelectual ha extinguido toda la sensibilidad. Para ellos, no hay ni amigos, ni familia, ni patria, ni humanidad, ni *dignidad moral*, ni *sentimiento de lo justo*. Indiferentes a todo lo que ocurre fuera del dominio intelectual donde se agitan, donde gozan, las mayores iniquidades sociales no turban su reposo. ¡Qué les importa la tiranía, con tal que ésta respete las vasijas y crisoles de su laboratorio! Por este motivo se les ve cuidados y acariciados por los déspotas circunspectos. Son seres de lujo cuya existencia y presencia honran al señor, *sirviendo de pasaporte a sus malas acciones y no sabiendo molestarle en lo más mínimo*». (Letourneau, *Fisiología de las pasiones*, pág. 108).

Dejemos pues a los sabios con sus vasijas y crisoles; inclinémonos -reservando nuestro derecho para criticarlos- ante sus decisiones cuando nos hablen de cosas que conozcan, que hayan estudiado; pero no les pidamos más, no les pidamos hagan nuestra felicidad, porque ellos mismos, algunas veces, se hallan imposibilitados de hacer la suya propia o la de los que les rodean.

Pidiendo la libertad y la posibilidad para todos, indistintamente, de evolucionar según sus tendencias, lejos de querer avasallar la inteligencia como se finge temerla, lejos de quererla ahogar con el odio de las mediocridades, nosotros queremos, por el contrario, desembarazarla

de sus estorbos económicos, desasirla de las consideraciones mezquinas de lucro y ambición, facilitarle su desarrollo y hacerle tomar un libre impulso.

Así como los individuos deberán agruparse para producir las cosas necesarias a su existencia material, así también deberán agruparse para facilitar los estudios de lo que les convenga, para producir o procurarse los objetos que juzguen convenientes para sus estudios.

Hoy día es el capital el que facilita a algunos la posibilidad de estudiar. En la sociedad futura, sólo bastará querer… y trabajar. A los individuos, antes de aprender, no se les preguntará: ¿tienen con qué vivir durante el término necesario para sus estudios? ¿Tienen tal cantidad para invertir antes de empezar?

Los que querrán aprender se buscarán y se agruparán según sus afinidades, organizarán sus cursos y sus laboratorios de la manera que crean más oportuna; los que sepan agrupar mejor su enseñanza, tendrán más facilidad para extenderse. No tendrán, como hoy, un mundo de trabajadores y peones esperando sus órdenes, dispuestos a satisfacer el menor de sus caprichos, no; por las cosas que ellos mismos no sabrían producir, deberán entenderse con los que puedan facilitárselas y procurarán organizar un cambio de servicios beneficiosos para todos (y esto puede hacerse siempre que se quiere), mientras que, en la sociedad actual, aun cuando uno se halle dotado de las mejores disposiciones y tenga la mayor fuerza de voluntad para utilizar sus facultades, la sociedad no acepta siempre sus servicios y los que poseen el capital, no tienen siempre la voluntad de aprender.

Es muy cierto que lo que se deseará en la sociedad futura, no vendrá por sí solo, como con el capital, al primer llamamiento. No bastará decir «quiero esto» para que lo tengan a su disposición; los individuos deberán ingeniarse, trabajar, para realizar sus concepciones: pero, por lo menos, tendrán la seguridad de que la sociedad no les estorbará: querer y obrar, serán las dos nuevas palancas que deberán reemplazar al capital en la realización del desiderátum individual.

«El hombre inteligente llevando más a la sociedad, tiene también derecho a tener mayores goces», se nos dice. Esto es a todas luces un absurdo. Acabamos de ver que él debe, a la sociedad, por lo menos, otro tanto de lo que puede llevarle; pero ¿es que tiene un estómago mayor que el del hombre «no inteligente»? ¿es que tiene más bocas, una potencia más digestiva, ocupa más sitio al acostarse, o su poder consumidor ha decuplicado, a medida que ha adquirido conocimientos?

Por lo regular, es todo lo contrario; el que no dispone de los goces intelectuales, se resarce con los materiales. Así, pues, si la sociedad provee a todos de la facilidad de obtener, a cada uno en su género, y según su actividad, los goces de lo que puedan apetecer, ¿qué precisa más? No consiste en esto la verdadera y equitativa remuneración de «a cada uno según sus obras»; justicia distributiva que ningún sociólogo ha podido encontrar, para justificar un sistema de repartición cualquiera.

«El hombre inteligente necesita placeres más refinados que el ignorante», -se añade-. Pero la naturaleza misma de estos goces hará que sea más factible el procurárselos, ya que no le serán disputados por aquellos a quienes no dicen nada. En el ejercicio mismo de su inteligencia es donde el hombre de verdadero talento encontrará su recompensa; en la consecución de sus trabajos, es donde el sabio encontrará el placer que quiera reservársele; en el estudio y en los trabajos científicos es donde los estudiosos encontrarán la emulación que no sabría darles un capital del cual no supieran qué hacer.

¿Son verdaderamente los sabios, los que necesitan casacas bordadas y pedazos de hojalata en el pecho; como precio de «sus trabajos»?

Acabamos de verlo; si la sociedad debe al hombre inteligente, el hombre inteligente debe a la sociedad. Si tiene un cerebro que se asimile muchas cosas, lo debe a las generaciones que han acumulado y desarrollado las aptitudes que le animan. Si puede poner en juego estas aptitudes, es gracias a la sociedad que, conservando y acumulando el conjunto de útiles que permiten reducir el tiempo necesario a la lucha por la existencia, facilitan al individuo la posibilidad de aplicar el tiempo ganado en la adquisición de nuevos conocimientos. Producto del esfuerzo social y de las generaciones pasadas, si puede ser útil a la sociedad, necesita de ella para evolucionar.

Supongamos un moderno Pigmalión que encontrara el medio de animar el bloque de mármol al que hubiera dado forma humana: dándole la vida, sólo conseguiría el artista producir una hermosura insólita, casi irracional, incapaz de adaptarse a las condiciones de nuestra existencia, y no pasaría de aquí, aunque llegara a fabricarle un cerebro, a dotarle de esta herencia de conocimientos y de instintos que poseemos de la larga serie de nuestros antepasados.

Si podemos asimilarnos una parte de los conocimientos actuales, es porque tenemos, detrás de nosotros, un número incalculable de generaciones que han luchado y aprendido, y nos han legado sus adquisiciones. El cerebro más potente, si él mismo no fuera el producto de una evolución, sería incapaz de asimilarse la menor parte de estos conocimientos, como tampoco llegaría a comprender por qué dos y dos suman cuatro; esto no tendría ningún sentido para él. Todo esto prueba que, de las relaciones del individuo con la sociedad, se desprende una ley de reciprocidad y de solidaridad, en la cual no tienen nada que ver las cuestiones de *deber* y *haber*.

Además, sería conveniente acabar con esta inteligencia y este genio tan preconizados por ciertos doctores, sólo porque ellos mismos se clasifican entre esta parte selecta que adulan.

Porque estos señores han podido hacer algunos viajes, titulados científicos, a expensas de los contribuyentes, porque han producido enormes infolios tratando cuestiones tan áridas y obscuras que dificultan la comprensión, o bien porque desde lo alto de una tribuna oficial, y siempre a costa de los contribuyentes se han encargado de la explotación de los débiles por los poderosos, estos señores se proclaman «hombres superiores», y se figuran ser ¡lo más escogido de la humanidad!

Así, pues, un hombre puede tratar cuestiones abstractas, comprenderlas y hacerlas comprender, y no aportar a la solución de estas cuestiones otras aptitudes que las aportadas por otro individuo en otro orden de ideas que pasen por menos adelantadas.

El químico que en su laboratorio analiza los cuerpos y los separa unos de otros, puede no haber desplegado otro grado de observación que el del labrador que prepara sus tierras según la cosecha que quiera obtener. El agricultor que en medio de su práctica se da cuenta que una planta determinada crece mejor en un terreno que en otro, puede haber desplegado tantas facultades de observación, tanto espíritu analítico y deductivo, como el químico que descubre que ciertos cuerpos mezclados en determinadas proporciones, adquieren nuevas propiedades. Cuestión de medio, cuestión de educación.

El labrador podrá ser incapaz para comprender un problema de fisiología resuelto por el sabio, pero este último podrá también no ser capaz de cuidar el ganado y de sacar partido de un campo. Sobre esto argumenten lo que quieran, evalúan la ciencia del sabio muy por encima de la del labrador, ya se lo concedemos, pero esto no impide que, si el sabio ayuda al progreso intelectual de la humanidad, el campesino, en cambio, subviene a las necesidades materiales que, si no fueran satisfechas, no darían lugar a los progresos intelectuales para producirse. De aquí no sacamos en consecuencia que el trabajo del campesino sea más necesario al hombre

que el del sabio, pero decimos que, en una sociedad bien organizada, se completan uno a otro y que deben ser libres para buscar su felicidad según lo conceptúen, sin que el uno tenga derecho de oprimir al otro.

Los partidarios de la supremacía intelectual deducirán de aquí, que nosotros pretendemos menoscabar la inteligencia; que queremos medir a los hombres por el mismo rasero; que tienen razón de acusarnos de aborrecer la parte selecta y de trabajar para la realización de un medio que sería la decadencia de la humanidad.

Ya hemos demostrado que, en nuestra sociedad, los intelectuales, para desarrollarse, sólo tendrían energía para crearse un medio que les daría resultados igualmente ineficaces que los del régimen capitalista, que cada día mata numerosas inteligencias sin germinar. Ya sabemos, por desgracia, que no todos los individuos alcanzan el mismo grado de desarrollo, y el término medio de la masa ofrece siempre un grado menor que representa el espíritu de conservación, a veces hasta retrógrado.

Sólo el régimen capitalista trabaja para ahondar el abismo que media entre los más y los menos inteligentes y a rebajar, por consiguiente, el término medio del nivel de la inteligencia. Nosotros, nosotros queremos que los que son muy inteligentes tengan todas las facilidades para llegarlo a ser más, pero queremos también que los que lo son menos tengan la posibilidad de adquirir las sobras. De esta manera habremos aproximado los intelectuales de la masa, no rebajándolos, como se simula temer, sino elevando el término medio del nivel. Ya sabemos que todas las facilidades apetecidas no conseguirían hacer nunca un Lamarck o un Darwin de un microcéfalo, pero los microcéfalos son sólo fortuitos y aquellos a quienes se tacha de estúpidos pueden subir algunos escalones más en la escala de los conocimientos humanos, sin sacar a los que estén más arriba. La inteligencia es una cosa tan tenue, tan difícil, si no para apreciar, cuando menos para dosificar, que es conveniente ser modesto atribuyéndose esta cualidad.

Faltos de estos argumentos, los defensores de la sociedad se atrincheran tras esta suposición: la necesidad, para *los escogidos*, de tener un personal bajo sus órdenes destinado a los trabajos humillantes, por tener ellos que consagrar todos sus momentos a sus estudios y a sus investigaciones: la necesidad, por consiguiente, de dividir a la sociedad en clases destinadas especialmente a producir ¡mientras los otros dirigen y estudian!

Nos bastará leer la historia de los descubrimientos dignos de mención en el desarrollo del progreso humano, para demostrar la nulidad de este argumento. El mayor obstáculo para las ideas modernas, los mayores enemigos de los que aportaban nuevas verdades han sido siempre la ciencia oficial y los sabios empleados, los que, precisamente, no debían inquietarse por las necesidades de la vida material y que podían dedicarse exclusivamente a sus estudios y a sus investigaciones.

Desde la Sorbona que perseguía, como herejes, a los que ponían en duda los dogmas reconocidos y aportaban ideas nuevas, no sólo en el dominio del pensamiento, sino también en los conocimientos físicos ó fisiológicos, quemaba, como brujos, a los alquimistas que perdían el tiempo tratando de descubrir la gran obra, habiendo hecho lo propio los padres de la química moderna; desde la inquisición que trinaba contra Galileo, quien afirmaba que la tierra daba vueltas, hasta a Cuvier aplastando -por un momento- con su influencia tanto oficial como personal, la teoría de la evolución tan fecunda en resultados, la ciencia oficial ha cortado siempre el camino del progreso, puesto que es solamente la cristalización de las ideas adquiridas, predominantes; es preciso para establecer los conocimientos modernos, combatir, además de la ignorancia de la multitud, la influencia nefasta de los poderosos.

Los sabios son los primeros en proclamado:

«Ahora no es así, puesto que se trata, por el contrario, de transformar los observatorios, y de establecerlos de acuerdo con los planos más modestos y mejor apropiados a su objeto.

«El observatorio de París sólo sirve de oficina de cálculo y de laboratorio de física; las principales observaciones se hacen en el jardín o bajo construcciones de una sencillez extrema.

«Hæckel ha emitido graciosamente este pensamiento, cuando dijo que el conjunto de investigaciones originales producidas por un establecimiento científico, estaba casi siempre en proporción inversa a su magnitud».

«Hace algún tiempo se me preguntó qué servicios podía prestar un astrónomo. ¡Qué servicios, gran Dios! Basta echar una ojeada sobre la historia de las ciencias y pronto se percibirá la influencia de estas observaciones aisladas procedentes de varios estudios intentados por sabios aficionados, es decir, fuera de los observatorios públicos.

«Copérnico, a quien debemos el verdadero sistema del mundo, era un aficionado; Newton, el descubridor inmortal de la ley de gravitación universal, lo era también. Otro aficionado, el músico Herschel, se ha erigido en reformador de la ciencia dándole un gigantesco impulso, lo mismo con sus observaciones que con sus procedimientos de construcción.

«Le Verrier dirigía la fábrica de tabacos cuando, obedeciendo los consejos de Arago, empezó a entregarse al estudio del planeta Neptuno. Por lo tanto también era un aficionado ilustre.

«Lord Ross, que descubrió tantas nebulosas con su inmenso telescopio; Dombowoki y Burnham, dos buscadores infatigables cuyos trabajos sobre las estrellas dobles son conocidos de todos los sabios, tampoco eran astrónomos oficiales.

«Lalande, que hizo en la escuela militar el estudio de 50.000 estrellas, formando uno de los más hermosos catálogos que se han conservado, era también un aficionado.

«M. Jansen, cuando dio a conocer el sistema de observar las protuberancias solares sin necesidad de aguardar los eclipses, Carrington y Warren de la Rue cuando publicaron sus admirables observaciones acerca del Sol, eran asimismo aficionados.

«Debemos anotar todavía: Goldschmitt, un pintor que tenía su estudio en París, y descubrió con su débil anteojo 14 pequeños planetas; el doctor Lescarbault, el sabio médico de Orgères, quien, con ayuda de aparatos rudimentarios, observó durante veinte años a Vulcano antes de su descubrimiento y encontró la merecida recompensa (!) de sus trabajos siendo condecorado con la cruz de la Legión de honor, tan bien ganada por su perseverancia.

«Todos los observadores de las estrellas errantes, Coulvier-Gravier el primero; los que han estudiado los cometas como Pingré; los que los han descubierto como Bièla y Pons, han visto sus nombres agregados a su descubrimiento, y la ciencia ha conservado para siempre su memoria.

«Pero el más hermoso rasgo nos lo facilita un obscuro consejero del estado de Dessau, Schwabe, quien durante 30 años consecutivos siguió mandando sus observaciones de las manchas solares al periódico de Schumacher. Durante todo este tiempo, no se le alentó nunca, porque el mundo científico juzgaba inútiles sus trabajos. Hasta el fin de su vida no se operó un cambio completo en el espíritu de los astrónomos, estimándose en su justo valor la inmensa cantidad de observaciones por él acumuladas.

«Y ¡cuántos aficionados no figuran en esta lista ya demasiado larga, cuyos trabajos son conocidos». (G. Dallet. *Las maravillas del cielo*, págs. 343-345).

Todos los que verdaderamente han impulsado al progreso, todos los que han aportado ideas nuevas, han debido, durante la mayor parte del tiempo, luchar, no sólo contra los que ascendían, sino también luchar para vivir. Frauenhofer, el inventor del análisis espectral, era óptico. Aun, ahora, la ciencia oficial -en Francia- gasta sus últimas fuerzas contra la teoría de la evolución. Los que no pueden negarla, la torturan para hacerle decir cosas absurdas; otro sistema de detener el progreso.

Además, esta argumentación de la parte escogida aplastando la masa ¿no es el razonamiento más antihumanitario que puede invocarse? ¿no tendría la masa el derecho de rebelarse y atropellar esta pretendida parte selecta, diciendo muy alto que se burla de la ciencia si ésta debe continuar siéndole inaccesible, si ella debe ser siempre la víctima?

¡Han embrutecido a lo que llaman clases inferiores, su organización tiende a embrutecerla todavía más, y se asombran que estas clases les aborrezcan! Virtualmente estas clases tituladas inferiores los igualan; ellas tienen los mismos antepasados, el mismo origen; es en su seno donde se ven obligados a regenerar su descendencia, y su supuesta inferioridad es sólo el producto artificial de una selección ficticia engendrada por una sociedad que lo quita todo a unos para dárselo a otros.

Los trabajadores no odian a la inteligencia, sino a la de los pedantes. Cuando reclaman la igualdad para todos, no es la minoración de las inteligencias lo que desean, sino el medio de poder cultivar cada uno la que posea. Si no tuvieran el respeto hacia las cosas profesadas por los que son más sabios que ellos, haría mucho tiempo que no les facilitarían la fuerza material que les retiene en la esclavitud.

El respeto del trabajador por las cosas que no comprende, la crédula aceptación de las explicaciones que le dan aquellos a quienes supone más instruidos, han hecho más para el sostenimiento de su sociedad, que todos sus institutos armados y su policía. Sólo las medianías envidiosas pueden afirmar que el trabajador odia a la inteligencia. Reclama su parte de desarrollo; he aquí lo que quiere.

Si fuera verdad, como lo afirman, que la ciencia debe reservarse a una pequeña porción de la parte selecta, serían ustedes los que inculcarían, en el seno de las masas, este odio, y éstas tendrían el derecho de aborrecerlos. En efecto, ¿qué nos importaría la ciencia, si ésta no debía hacer más que justificar nuestra decadencia y nuestra explotación? He aquí lo que podrían responderles los que califican de inferiores, y este razonamiento de sencilla lógica basta para demostrarles su pedantería, porque no puede existir ciencia donde sólo hay ilogismo.

CAPÍTULO IV

EGOÍSMO. ALTRUÍSMO

Después de la necesidad de una parte escogida, es detrás del egoísmo individual donde se atrincheran la mayoría de los defensores del orden burgués, para justificar el mantenimiento de la propiedad individual, y la necesidad de un poder encargado de poner en orden todos los egoísmos.

Según ellos, el hombre es egoísta, puesto que sólo obra movido por los sentimientos del interés individual más puro. Si la sociedad no le deja la facultad de guardar para sí lo que podría procurarse por medio de su trabajo, de acumularlo y legarlo a quien mejor le plazca, se rompe el resorte motor de toda iniciativa, de todo trabajo. El día que los individuos dejen de tener la posibilidad de atesorar, ya no trabajarán más, ya no habrá más sociedad, más progreso, nada, en fin.

Pero nuestros burgueses son demasiado conscientes de su interés para llevar esta teoría hasta sus últimas consecuencias. ¡Diablo! esto podría echar a perder su sistema social. También nos dicen:

«El hombre es egoísta; esto está en su manera de ser, y no hay posibilidad de remediado. Por otro lado, la sociedad, de la cual somos su mejor adorno, pide por parte de los individuos, mucha abnegación, muchos sacrificios para funcionar divinamente; vamos, si quieren, a partir la manzana en dos: los que gobernarán y explotarán a los demás, podrán desarrollar su egoísmo con toda seguridad, ellos tendrán los medios; los que serán gobernados y explotados deberán probar su más perfecta abnegación para prestarse a lo que se les exija. Sólo a este precio es posible la sociedad».

El primer trabajo de las religiones ha sido también, predicar el respeto para con los patronos, la humildad del individuo, y la renuncia de sí mismo. El sacrificio por sus semejantes, por la patria y por la sociedad para el advenimiento de la burguesía.

Los moralistas -¡qué estirpe!- han venido luego, a demostrar que la sociedad no era ni posible, ni duradera, sino con la condición que el individuo se sacrificara a la felicidad común, que renunciara a su autonomía y que consintiera en que le fueran acortados todos sus movimientos.

Por consiguiente, los ignorantes, los menesterosos, han tomado esto al pie de la letra y por esto han transcurrido miles de años dejándose trasquilar, creyendo trabajar en provecho de la raza humana. Los que tienen algo, menos crédulos, se han contentado con gozar y explotar estos buenos sentimientos.

Pero cada acción produce su reacción; otros han venido a demostrar que, siendo el egoísmo el fondo mismo de la naturaleza humana, el hombre no encontrará su felicidad sino cuando la sociedad le permita pensar sólo en sí mismo, y relacionar todos sus actos, todos sus razonamientos ¡con la cultura de su Yo! trocado en la divinidad por la cual debía sacrificarlo todo.

Esta teoría se practica por una juventud literaria, que menosprecia toda la inteligencia de la que se cree dotada; la vil masa, que considera como inferior, ha llegado a preconizar una especie de anarquía aristocrática que con algunos centenares de francos de renta, se acomodaría perfectamente a la sociedad actual. En odio a la abnegación y a la sumisión predicadas por el cristianismo y la moral burguesa, algunos anarquistas han creído encontrar, en esta nueva fórmula, la expresión de la verdad; de aquí ha derivado una polémica entre los partidarios de lo que se llama «egoísmo» y los partidarios de lo llamado «altruismo».

Para explicar estos dos términos se ha vertido la tinta a mares, se han amontonado sofismas sobre sofismas, y empleado muchos despropósitos, por ambos lados, para probar que cada uno de estos términos debía ser el motor del individuo. Y según la idea favorita que cada uno hubiera adoptado, se ha reprobado sucesivamente al comunismo anarquista -por parte de los partidarios del egoísmo-: que la idea anarquista, para poder existir, exigía demasiado altruismo por parte de los individuos, que la posibilidad de una sociedad semejante suponía a los hombres perfectos, que no existen, que el hombre no debe verse obligado por su naturaleza a sacrificarse por los demás y que no debe hacer sino lo que considere útil para su desarrollo.

Por parte del altruismo se ha dicho a los anarquistas: reclamando la autonomía completa del individuo, exaltando el espíritu de individualismo, es al egoísmo completo de los individuos hacia donde van; su sociedad sería insufrible, porque olvidan que, para mantenerse, la sociedad exige sacrificios mutuos; que la iniciativa individual debe, a menudo, dejar el camino expedito y hacerse a un lado ante el interés común. Su sociedad sería el reinado de la fuerza bruta, la dominación de los más fuertes sobre los más débiles. Sería un conflicto permanente.

He aquí de qué manera se está expuesto a decir muchas tonterías, cuando se miran las cosas sólo por un lado. El hombre es un ser complejo que no se mueve a impulso de un solo sentimiento, pero sí puede hacerlo impulsado por toda clase de sensaciones, de circunstancias, de influencias psicológicas, físicas y químicas todas a la vez, sin que le sea posible discernir bajo qué impulso obra.

Si el hombre obrara bajo la sola presión del egoísmo, la sociedad actual no subsistiría ni un minuto, porque, exigiendo los mayores sacrificios por parte de los que están desposeídos de todo, cuando bajo sus ojos se despliega el lujo de los ricos, ha sido preciso a estos últimos hacer vibrar otros sentimientos para obtener la fuerza que sostiene su sistema y que habrían sido impotentes para defender si hubieran quedado reducidos a sus propias fuerzas.

Por otra parte, se engañan aquellos que vienen a predicarnos el sacrificio y la abnegación, porque si el hombre puede llegar a olvidarse de sí mismo para venir en ayuda de sus semejantes, sólo puede ser por intermitencias, nunca por práctica continua.

Esta es la teoría funesta, exaltada por el cristianismo, que ha asegurado el reinado de la autoridad, impulsando a los caracteres a doblegarse bajo la explotación de los patronos que se creen enviados por Dios y acostumbrando a los individuos a sufrir en esta tierra, para ganar la gloria del cielo.

El hombre no es el bruto descrito por los teóricos del egoísmo; no es tampoco el ángel predicado por el altruismo, cualidad, además, que sólo le podría ser funesta, porque sería el sacrificio de los mejores en provecho de los más malos. Si los individuos debieran sacrificarse los unos para los otros, al fin y al cabo los que sólo pensarían en su propia individualidad serían los únicos que saldrían beneficiados de este estado de cosas y sobrevivirían solos. El individuo no *debe* sacrificarse por nada, como tampoco tiene el derecho de exigir el sacrificio de otro. He aquí lo que se olvida y que aclara mucho más la cuestión.

El individuo, por el mero hecho de su existencia, tiene el derecho de vivir, de desarrollarse y de evolucionar. Los privilegiados pueden recusarle este derecho, limitárselo, pero cuanto más llega a ser el individuo consciente de sí mismo, cuanto más sabe usar de su derecho, tanto más se resiste al freno que se le ha impuesto.

Si estuviera solo en el universo, el individuo tendría el privilegio de usar y abusar de todos sus derechos, de disfrutar de todos los productos de la naturaleza sin restricción, sin límite, debiendo sólo ocuparse de las posibles consecuencias que podría acarrearle la costumbre de este abuso.

Pero el individuo no es una entidad, no está sólo; se han tirado más de mil ejemplares que se levantan en la tierra los unos frente a los otros, con aptitudes equivalentes si no parecidas, y teniendo la firme voluntad de usar de su derecho para vivir. Los individualistas que predican el culto del «Yo», erigiendo al individuo en entidad, hacen metafísica trascendental, tan absurda como la de los curas que han imaginado a Dios.

El individuo tiene derecho a satisfacer todas sus necesidades, a la expansión de toda su individualidad, pero puesto que no está solo en la tierra y que el derecho del recién llegado es

tan imprescriptible como el del que llegó primero, es evidente que sólo había dos soluciones para que estos derechos diversos se ejercieran: ¡la guerra, o la asociación!

Pero, raras veces, el espíritu humano se presta a las decisiones categóricas. Las circunstancias, además, arrastran al individuo antes de tener tiempo para explicarse sus actos, y cuando no hay remedio, entonces se intenta tomarlo con filosofía.

Así pues, el conflicto ha estallado entre estos diversos derechos, conflicto mezclado con tentativas de solidarización: La humanidad ha vislumbrado que la solidaridad le sería provechosa, pero el terrible egoísmo de algunos que sólo han visto el beneficio actual, sin calcular el daño que acarrea, ha impedido a la sociedad evolucionar francamente hacia una solidaridad completa. El estado de lucha se ha mantenido en las sociedades que eran un principio de práctica solidaria. Y he aquí centenares de siglos -por no hablar más que del período histórico- que dura este estado mixto de lucha y de solidaridad; he aquí millares de años que, por la voluntad de una minoría que es la que únicamente aprovecha este estado de cosas, y que querría perpetuarlo, que luchamos unos contra otros formándonos los más hermosos ensueños de fraternidad; que las clases pudientes explotan a los desheredados predicando la solidaridad, la abnegación y la caridad.

Pero los que sufren se preguntan: ¿por qué hemos de continuar manteniendo parásitos? ¿Por qué hemos de pedir como una limosna lo que sale de nuestro trabajo? Su cerebro se ha desarrollado, han reflexionado acerca de las causas de su miseria, y han comprendido que para librarse debían solidarizar sus esfuerzos y que la felicidad de cada uno era sólo realizable con la felicidad de todos practicando una solidaridad completa.

Han comprendido, además, que esta autoridad que se les había representado como una salvaguardia tutelar entre los intereses antagónicos para impedir una lucha más feroz, era, por el contrario, un medio para los parásitos de eternizar el estado de conflicto, a fin de perpetuar su parasitismo; por esto es por lo que al mismo tiempo que proclaman el derecho de cada individuo a la existencia, proclaman también su más completa autonomía, no yendo el uno sin el otro; la existencia no podía ser completa sin este corolario: la libertad.

Algunos defensores del orden burgués no han podido por menos que confesar que su felicidad en la sociedad actual no era perfecta, puesto que se veía turbada en su propio origen, al pensar que, a su lado, hay seres que padecen y sufren para proporcionarles el bienestar. Todo burgués inteligente debe convenir forzosamente en que la sociedad está mal hecha, y los argumentos que aportan a su favor no son una justificación precisa, sino un principio de justificación, con el fútil pretexto de que no se ha encontrado otra mejor, del miedo a lo desconocido que acarrearía un cambio brusco. El sistema que se ve reducido a esto, queda juzgado; tiene conciencia de su propia ignominia.

No, el individuo no debe aceptar restricciones a su desarrollo, no debe sufrir el yugo de una autoridad, sea cualquiera el pretexto en que se apoye. El solo debe juzgar lo que necesita, de lo que es capaz, lo que puede serle perjudicial. Cuando haya comprendido bien lo que vale, comprenderá que cada individuo tiene su valor personal, que tiene derecho a una libertad igualitaria, a una igualitaria expansión. Sabiendo hacer respetar su individualidad, aprenderá a respetar la de los demás.

Tienen que aprender los hombres que, si no deben sufrir la autoridad de nadie, tampoco tienen el derecho de imponer la suya; que el mal hecho al prójimo, se vuelve contra el agresor. El razonamiento debe hacer comprender a los individuos, que la fuerza gastada en quitar a un individuo una parte de goce, es otro tanto perdido por los dos competidores.

Se ha acusado a los anarquistas de haberse forjado una ilusión errónea de la especie humana, de haber imaginado un ser esencialmente bueno, sin ningún defecto, capaz de los mayores sacrificios y de haber basado sobre esto una sociedad imposible que sólo podría existir con la renuncia tácita de cada uno para la felicidad común.

Es un error crasísimo; son los burgueses y los autoritarios quienes desconocen la naturaleza humana, puesto que declaran que sólo puede sostenerse en sociedad por medio de una severa disciplina, bajo la presión de la fuerza armada, siempre prevenida. Para ejercer esta autoridad, para reclutar esta fuerza armada, les serían necesarios seres absolutamente impecables: los *ángeles* que motejan a los anarquistas de soñadores. Según ellos, la naturaleza humana es abyecta, se necesitan varas de hierro para disciplinarla, ¡y es a los seres humanos a quienes quieren destinar estas varas! ¡Oh ilogismo!

El hombre no es el ángel que sin razón se acusa a los anarquistas de haber imaginado; tampoco es el animal feroz que quieren describir los partidarios de la autoridad. El hombre es un animal perfectible que tiene defectos, pero también cualidades; organicen un estado social que le permita el uso de estas cualidades, modere sus defectos o haga que su ejecución acarree su propio castigo. Procuren sobre todo que este estado social no tolere instituciones donde estos defectos puedan encontrar armas para oprimir a los demás, y verán a los hombres cómo sabrán ayudarse mutuamente sin fuerza coercitiva.